

Todo encanto femenino tiene algo de misterioso o de secreto. Se aprecian más las cosas un poco difíciles o aquellas que nos cuesta algún trabajo encontrar o conseguir. Así, sin duda, que pocas gentes de Madrid, y casi ninguna de fuera, conoce el Centro Cultural Medina. Quizá el nombre sea un poco pomposo, pero la realidad es todo lo contrario. Y no es que tengamos, ¡como es natural!, nada contra la cultura, ¡Dios nos libre!, pero es que... Medina es otra cosa. Como acto de contrición, empezaremos diciendo que no lo conocíamos, habíamos pagado una cuota de entrada, por cierto bien pequeña, y en la Prensa leíamos de vez en vez el anuncio o la reseña de alguna conferencia o de algún concierto. «—¡Cuántas cosas hacen estas muchachas de Falange!», habíamos comentado, siguiendo nuestro camino. Hasta que un buen día—nunca mejor dicho—, queriendo tener el gusto de saludar y conocer a la doctora Moll, gentil huésped de España durante unos días, decidimos por fin visitar este Centro. Conociendo otras cosas de la Sección Femenina, nos lo debíamos haber imaginado, porque tiene todo lo que ella dirige un sello especial que ya otras veces nos había sorprendido. Quizá sea la juventud que da alegría y cordialidad, quizá la falta de pedantería que permite ser modestas como colegialas a quienes podrían lucir, casi todas, títulos universitarios; quizá... pero la mejor explicación está en la persona de Pilar Primo de Rivera. Ella recibe a sus invitados en los salones de Medina—tan acogedores como los de una casa particular—, tan llanamente, pero con una bienvenida tan sincera, con sencillez tan grande, pero tan celosa de sus deberes de ama de casa, que se comprende al verla ahí la fuerza silenciosa de esta muchacha que ríe como una niña y que tiene en su haber una organización femenina, perfecta de disciplina, de entusiasmo y de fe, que abarca hasta los últimos pueblos de España y que moviliza a millares de mujeres dispuestas a obedecer fanáticamente sus órdenes y consignas.

Entre las camaradas españolas, alemanas e italianas de las respectivas instituciones femeninas y que conocen ya bien el camino de este centro cultural, y en honor de la doctora Moll, unas copas de vino y unas pastas deliciosas. Nos decían en nuestra infancia que era mala educación hacer comentarios sobre la comida; ahora... «—¿Estas pastas?»—preguntamos. «—Son recetas de nuestras Escuelas del Hogar.» ¡Pero hay algún terreno de la «sabiduría» femenina que no dominen estas muchachas!

La doctora Moll se siente, como ella dice, «entre hermanas». Se lo creemos, primero, ¡claro!, porque ella lo dice, y segundo, también, porque habla—en un castellano purísimo—que avergüenza nuestra débil lucha contra la gramática alemana—y ríe con todos como una amiga de largos años. La doctora Moll es joven y guapa. Tiene una cabellera magnífica—los reporteros femeninos nos fijamos en estas cosas—que enmarca un rostro



La
DOCTORA
MOLL
EN
Medina

redondo y suave. Su cara es expresiva y sus ojos claros ríen con humor. «—En todas partes, tantas caras conocidas—nos dice—, todas las comisiones españolas que van a Alemania suelen tener alguna relación con el departamento donde yo trabajo. ¡Qué alegría verlas otra vez!» Ha cursado estudios completísimos y la sospechamos cultísima. Decimos la sospechamos, porque ella se ríe al oír nuestro comentario. «—Yo antes—nos dice—sólo sabía fechas de batallas, y de los poetas, las fechas de sus nacimientos y muertes. Ahora, los únicos números de varias cifras que me acuerdo son números de teléfono, y estudio Puericultura para saber cuidar a mis hijos.» «—¿Tienes hijos?» (acordaos siempre que el reportero es femenino).

«—¡No!, ¡no!»—nos contesta riendo. «—Soy soltera, para el día de mañana. ¡Ah!, y conste que a los poetas no los olvido del todo.»

Entre los grupos ha visto un uniforme de soldado alemán y se acerca curiosa: «—Blau Division»—contesta el muchacho que lo viste, nos tememos que agotando su repertorio alemán. La señorita Moll les habla, les pregunta, se sienta con ellos—se ha acercado algún otro más de estos heroicos camaradas, de permiso o en convalecencia—y entablan una cordial conversación.

¡Así son las cosas en el Centro Medina! Pocas gentes de Madrid, y casi ninguna de fuera lo conocen; pero los que una vez hemos aprendido el camino, seguramente que no habremos de olvidarlo con facilidad.

(Fotos ZAIDIN)

M.



METRO GOLDWING MAYER

Señoritas, señoras: ¡Un buen consejo que agradeceréis! No pretendáis embelleceros sólo con productos de tocador. Debéis también reconstituir vuestro organismo: para ello precisa toméis Eupartol, vigorizador único del sexo femenino. Con el Eupartol desaparecerán manchas, rojeces, granos, espinillas, arrugas prematuras, obtendréis un cutis limpio. Eupartol endurecerá vuestros senos, desapareciendo la flacidez y caimiento de éstos. ¡Eupartol, secreto de vuestra belleza! Eupartol cura molestias y desarreglos mensuales, devolviéndoos salud y hermosura. Madres; no abandonéis la edad crítica..., la pubertad de vuestras hijitas, ayudadlas con Eupartol. Futuras madres: debéis tomar Eupartol desde el quinto mes; tendréis un rápido y feliz parto; hijos sanos y robustos (mejoraréis la raza). Muchas ya conocéis innumerables servicios prestados por este gran preparado: si lo ignoráis, probadlo y os convenceréis. Señoras: Escuchen diariamente a las 12,30 la interesante Sección Femenina y de Belleza a cargo de los Laboratorios Eupartol, dirigida por doña Monserrat Fortuny, que emite diariamente Radio España n.º 2, de Barcelona. También pueden dirigirse por carta para consulta a dicha señora a Vía Layetana, 137, Barcelona, mandando sello para su contestación.